

CAPITULO VIII

La salida de "Los Inmortales"

Si queremos tener una idea clara de las circunstancias que promovieron la invasión de William Walker a Nicaragua, debemos considerar tanto la situación política reinante entonces en ese país como su importancia geográfica. Las cinco provincias de la América Central se declararon independientes de España en 1821, y en 1824 se constituyeron en república federal moldeada en la Carta Magna de Estados Unidos. La federación tuvo existencia precaria, habiéndose disuelto en 1826 para ser restablecida en 1829; mantuvo después una posición incierta de 1836 a 1840 a causa de guerras intestinas, fue luego abolida, y parcialmente restablecida en 1851, para ser definitivamente disuelta en 1852. De 1830 a 1855 el Estado de Nicaragua fue víctima de constantes revoluciones. (1).

El pueblo había vivido bajo un harto despótico régimen colonial, y nunca supo lo que era tener un gobierno propio. Por lo demás, es dudoso que población tan heterogénea hubiera podido nunca llegar a constituirse en democracia. Cálculase que la población de Nicaragua en 1850 era de unos 260.000 habitantes. La mitad eran indo-españoles, los indios puros formaban la tercera parte, la décima eran blancos, y el resto negros. (2). El común de la gente era orgulloso, ignorante, y fanático, y dado además a las banderías políticas sin auténticos principios. El prejuicio de clases jugaba un papel que sólo servía para agravar la situación. Había

(2) *Dublin Review*, XLIII., Pág. 361.

(1) *Dublin Review*, XLIII., Pág. 361.

allá dos partidos, el liberal, o demócrata, y el legitimista, o aristocrático. Puede que antes se rigieran por los principios que manifestaban propugnar, pero ya para 1850 habían degenerado en "estar arriba" o "estar abajo". También los celos locales tenían su papel en la lucha. Granada, la ciudad más importante, era el baluarte legitimista y dominaba la región del Sur que comprendía la mitad de la república; era natural, por tanto, que la ciudad rival de Granada, León, fuese el cuartel general de la facción liberal, predominante en el Norte. Cuando los liberales subían trasladaban la sede del gobierno a León; al caer, Granada volvía a ser la capital. El partido que por el momento estuviera en el poder no se contentaba con haber triunfado, tenía que desterrar en masa a los vencidos. Ninguno de los bandos vacilaba en confiscar, desterrar, y hasta asesinar, si esto parecía ser lo más eficaz para fortalecer su efímera tenencia del poder. Oponerse al régimen imperante era peligroso, y puesto que nadie se atrevía a salir a campo abierto, se veían obligados a realizar sus propósitos mediante siniestras conjuras. Quienquiera intentase cambiar el estado de cosas, aun cuando sus intenciones fuesen las más nobles, se convertía **ipso facto** en conspirador, y acaso en traidor. En un lapso de seis años Nicaragua tuvo no menos de quince presidentes, lo cual hacía mínimas las esperanzas de progreso. En 1855 la vieja generación que había vivido bajo el dominio del régimen español iba ya desapareciendo, y una nueva, amamantada en un ambiente de sangre y revoluciones, había llegado a la madurez, aunque no a la cordura.

Los desastrosos efectos de las constantes convulsiones políticas producían aterradora impresión en todos los visitantes y viajeros que llegaban al país, y nadie mejor para darse cuenta del desorden general y la desolación que los pasajeros de la Compañía Accesoria del Tránsito. Veían campos desiertos, casas abandonadas, y muros de iglesias acribillados a balazos o destruidos a cañonazos, porque hasta los templos servían de fortalezas. Al visitar los pueblos cercanos mientras esperaban la llegada del vapor encontra-

ban las plazas cerradas con trincheras y alertas centinelas gritándoles el ¿quién vive? en todas las esquinas. Y a Estados Unidos llegaban los cuentos respecto de tal situación; no es de extrañarse, pues, que Nicaragua tentase a la gente de espíritu aventurero ansiosa de fortuna y emociones.

Como ya se ha visto, uno de los americanos interesados en Nicaragua fue el amigo y socio de Walker, Byron Cole. El 15 de agosto de 1854 salió éste para San Juan del Sur en un vapor de la Compañía del Tránsito con el fin de ver qué podía hacer el dinamismo americano en Nicaragua. Iba en el mismo barco su paisano de Nueva Inglaterra, William V. Wells, nieto de Samuel Adams. (+). Este Wells viajaba como representante de la Honduras Mining Trading Company, la cual había obtenido una gran concesión de tierras en el departamento de Olancho para explotar los lavaderos de oro de allí e impulsar el intercambio comercial entre Honduras y Estados Unidos. Cole tenía también interés en la promoción de esta empresa, pero por el momento su objetivo primordial era echar un vistazo a la situación de Nicaragua. (1). Al desembarcar en San Juan del Sur los dos americanos siguieron hasta León, en donde se separaron; Wells continuó viaje a Honduras, y Cole se quedó en Nicaragua.

En esos días Nicaragua se debatía en la angustia de una de sus periódicas revoluciones, y León era, como siempre, el cuartel general del partido liberal, que en esos días estaba "abajo". Aquí es necesario hacer un alto para decir unas cuantas palabras referentes a los protagonistas nicaragüenses de esta revolución. En 1853 falleció de muerte natural el presidente en turno. De la consiguiente elección salió triunfante don Fruto Chamorro, el más de armas tomar de los legitimistas y cabeza de una muy numerosa e influyente familia de Granada. Los leoneses, naturalmente, no podían sufrir la infamia de que se escogiese a tal persona, y ésta

(+) Estadista y líder revolucionario norteamericano. Vivió de 1722 a 1803. (N. del T.).

(1) Libros de recortes de Wheeler, Vol. No. 5, Págs. 17 - 54; *Walker's Expedition to Nicaragua*, Pág. 41, por William V. Wells (Nueva York, 1856).

—es decir el nuevo presidente— advirtiendo el descontento de los demócratas expatrió a sus más prominentes líderes, incluyendo a su reciente adversario en las elecciones, don Francisco Castellón. Chamorro, para asegurarse más aún la presidencia, convocó una constituyente que le prolongó, de dos años que eran a cuatro su período presidencial; e igualmente fortaleció en otras formas la jurisdicción y mando del Poder Ejecutivo. La nueva constitución, en vez de ser un medio para llevar a cabo los fines deseados, provocó otro levantamiento, con el resultado de que Castellón y sus correligionarios expatriados, que habían encontrado amparo en el régimen liberal del presidente de Honduras General Trinidad Cabañas, volvieron a Nicaragua, convocaron a sus partidarios y pusieron sitio a Chamorro en Granada. Pretexto de las hostilidades fue la constitución de 1854. Castellón y los suyos enarbolaron la legalidad de la constitución de 1838, se apellidaron demócratas y adoptaron el color rojo como emblema. Los legitimistas apoyaron la nueva constitución y tremolaron el color blanco como enseña de su partido. (1). A pesar de la ayuda prestada por el presidente Cabañas, el sitio que durante seis meses pusieron los demócratas a Granada, fracasó. Fue ese un sitio sin un método que pudiera llamarse militar, y en enero de 1855 levantaron los demócratas el campo volviéndose a León. Las cosas empeoraron aún más cuando Cabañas, que estaba a punto de romper con Guatemala, refirió de Nicaragua sus tropas dejando que los demócratas se les arreglaran solos. A sus líderes no les quedaba más que un rayo de esperanza. Estando la revuelta en su apogeo, Castellón firmó dos contratos con Byron Cole en virtud de los cuales éste llevaría a Nicaragua un contingente de americanos que sentarían plaza en el ejército democrático. El primero, firmado en los últimos meses de 1854, autorizaba a Cole a llevar trescientos hombres como soldados con sueldo mensual y donación de dos caballerías de tierras

(1) **A Travers l'Amérique Centrale**, Vol. I., Págs. 268 - 73, por F. Belly; **Blackwood's Magazine**, XLIII., Págs. 317 - 8; **Dublin Review**, XLIII., Pág. 367; **Walker's Expedition**, Pág. 314, por Wells; **Reminiscences of the "Fillbuster" War**, Cap. 3, por C. W. Doubleday (Nueva York, 1886); **La Guerra de Nicaragua**, Cap. I, por William Walker; **American Review**, Vol. VI., Págs. 337 y otras.

al terminar la campaña. Cole corrió a California y le presentó el contrato a Walker. El ojo del abogado leyó en el lenguaje del documento demasiada ligereza, ya que de actuar con arreglo al mismo se cometería una flagrante violación de la ley de neutralidad de Estados Unidos, lo cual acarrearía a los americanos involucrados en él un sin fin de dificultades de orden legal con el gobierno federal. Por tanto, rehusó firmarlo, pero sugirió a Cole volver a Nicaragua y tratar de obtener otro contrato con autorización de llevar colonizadores, y que si lo conseguía entonces sí "podría hacerse algo". (1). Cole regresó a Nicaragua y obtuvo un segundo contrato conforme al cual llevaría allá, como inmigrantes, trescientos colonos que tendrían el privilegio de portar armas permanentemente. Este documento fue firmado el 29 de diciembre de 1854 y llegó a manos de Walker en Sacramento a principios de febrero de 1855. Walker renunció inmediatamente a su trabajo en el periódico y salió para San Francisco donde se ocupó en hacer los preparativos de su segunda expedición filibustera.

El tiempo era tan propicio para una empresa de esta naturaleza que muy probablemente, aun cuando Walker no hubiera existido, Nicaragua habría sido invadida por una expedición de California. En los días que Walker se hallaba en San Francisco ocupado en su proyecto, se encontró con su viejo condiscípulo Henry Crabb, quien acababa de regresar del Este de Estados Unidos y también estaba interesado en una empresa similar a la de Walker. La misma idea se le había ocurrido a Crabb al cruzar Nicaragua en viaje a Cincinnati, y yendo de paso por los estados americanos del Atlántico logró despertar el interés de Thomas F. Fisher, de Nueva Orleans, y del Capitán C. C. Hornsby, veterano de la guerra méxico-americana. Hornsby había sido oficial mayor de la asamblea legislativa del estado de California, en la cual Crabb era representante. Estos hombres salieron juntos de Nueva Orleans en enero de 1855, y en el curso de su viaje a

(1) La Guerra de Nicaragua, Pág. 29, por William Walker.

San Juan del Norte persuadieron a Julius De Brissot a que los acompañara en la aventura. Todos ellos, a excepción de Crabb, se quedaron en Nicaragua dedicados a contratar con los líderes democráticos la llevada de americanos para el servicio militar nicaragüense. Fisher se entrevistó con el General Máximo Jerez, el líder democrático, en su campamento de Jalteva, y firmó con él un contrato para llevar quinientos hombres como soldados del ejército democrático con buena paga y donación de tierras. Hornsby y De Brissot, entre tanto, llegaban a un acuerdo con Espinosa, gobernador del departamento de Rivas, tendiente a despojar a los legitimistas del dominio del Río San Juan. En el interín se regresó Crabb a California, en donde se engolfó de tal manera en la política que pronto perdió todo interés en el asunto de Nicaragua, de modo que cuando Fisher llegó con su contrato firmado con Jerez, Crabb se lo ofreció a Walker. Este, sin embargo, prefirió el que ya tenía con Castellón, así que declinó la oferta. Mientras tanto Hornsby y De Brissot, habiéndose malogrado su intento de apoderarse de la fortaleza de El Castillo, en el Río San Juan, aparecieron también en breve en San Francisco donde se sumaron a la empresa aventurera de Walker. Y lo mismo hizo Fisher. Crabb optó por observar la cuestión con interés, pero, como se verá más adelante, este hombre habría de encabezar una incursión a Sonora. (1).

Cuatro meses pasaron antes de que Walker pudiera poner en marcha su nueva aventura, y fueron ellos meses de angustiosa espera y contrariedades. La dificultad principal con que tropezaba ahora era económica, no legal, pues parecía que el gobierno no intervendría. Walker mostró su contrato al Fiscal de Distrito Inge, quien expresó la opinión de que ninguna de sus estipulaciones violaba la ley de neutralidad. El General Wool, quien había sido una espina en el costado de los filibusteros sonorenses, declaró, cuando en

(1) Memoria para la Historia de la Revolución de Nicaragua y de la Guerra contra los Filibusteros, 1854 a 1857, Parte I, Págs. 136 - 7, por Jerónimo Pérez (Managua, 1865); La Guerra de Nicaragua, Págs. 28 - 31, por William Walker (Reedición de EDUCA, San José, Costa Rica, 1970).

su oportunidad fue consultado, que no teniendo facultad para intervenir no haría tal cosa si las autoridades civiles no se lo pedían. (1).

La verdadera dificultad estribaba pues en el dinero, y se consiguió en cantidad tan exigua que la empresa hubo de ser organizada a base de una rígida estrechez. Para la expedición escogieronse hombres que habían oído ya la pólvora. Algunos, como por ejemplo Frank P. Anderson, era veterano de la guerra méxico-americana; otros, como Achilles Kewen, había peleado con López (+) en la malograda expedición a Cuba; y hasta Timothy Crocker, de aquellos que sufrieron todas las penalidades de la campaña de Walker en Baja California, tenía todavía arrestos para ir a enfrentársele al destino en Nicaragua. Otro de los interesantes buscavidas de esa banda era el Doctor Alexander Jones, recién vuelto de una muy romántica expedición a la Isla del Coco, adonde había ido en busca de un fabuloso tesoro. Decíase que uno de sus pacientes rescatados por él de la muerte, en prueba de agradecimiento le había dado ciertos planos supuestamente reveladores del lugar exacto donde yacía enterrado por los piratas un tesoro valorado en quince millones de dólares. Los ilusos buscadores sólo hallaron desventuras. Para sus preparativos Walker contó siempre con la ayuda de Edmund Randolph y Alexander P. Crittenden. (2). Joseph C. Palmer, de la prominente casa bancaria Pal-

(1) Ellos mismos, Walker y Wool, relatan detalles de esta entrevista. Hay entre ambos ciertas discrepancias. Wool dejó escrito que manifestó a Walker que aun cuando la expedición fuese ilegal, él no tenía facultad para intervenir si no se lo pedían las autoridades civiles, y justifica su actitud con las instrucciones recibidas de la Secretaría de Guerra. Ver el *New York Times* del 23 de julio de 1857. Sin embargo, Walker asegura en su obra que Wool no sólo le prometió no intervenir sino que al despedirse le entechó la mano y le deseó éxito. Véase *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 32, por William Walker. En el Capítulo V puede leerse una referencia respecto de la reprimenda que Davis le dio a Wool.

(+) Narciso López fue un general español que nació en Caracas, Venezuela, en 1797, se puso al frente de varias invasiones independientes en Cuba contra España. Fue preso y muerto en 1851. (N. de T.).

(2) Crittenden era nativo de Kentucky y fue miembro del primer cuerpo legislativo que tuvo California en 1850, cuando trató en vano de ser presidente de la cámara de representantes del estado. En 1857 fue candidato a senador de Estados Unidos. Después de la Guerra Civil se asoció al bufete de leyes de S. M. Wilson, destacado

mer, Cook and Company, con su aportación de mil dólares probó ser amigo en las duras. Digno de saberse es también que el Coronel John C. Fremont, (+) quien había cruzado el istmo por la vía de Nicaragua, mostró mucho interés en la empresa.

Walker recibió un inesperado ofrecimiento de ayuda. Había por ese tiempo en Sacramento un periódico rival del **Democratic State Journal**, el **State Tribune**. Su editor era Parker H. French, llegado a California alrededor de 1852 en circunstancias bastante nebulosas por cierto. Sin embargo, por aquellos días allá nadie esculcaba el pasado del vecino, y como French era un individuo inteligente y ladino, se hizo de una curul en la asamblea legislativa del estado. Todo aquel que se metía en negocios con este hombre muy luego se arrepentía, de modo que pronto cobró fama de ser uno de los más grandes pícaros de la costa del Pacífico. Y más todavía: era megalómano. Padeecía del morboso deseo de querer realizar en California cosas que le hicieran el centro de atracción. Vivía ideando fantásticas empresas y con su untuosa facundia logró embaucar a muchos incautos; era deshonesto y no tenía fuerza de voluntad para llevar a cabo sus planes, y también solía abandonarlos cuando llegaba a sus manos el dinero que sus asociados le confiaban. Entre él y Walker jamás hubo intimididad alguna; y hasta el diario en el cual trabajaba Walker lo había atacado fuertemente

abogado californiano. Murió asesinado en 1870 por una mujer que alegó haber sido seducida por él. **California**, Vol. III., Págs. 785 - 7; Vol. IV, Págs. 90, 202, 515 - 16, por Hittell.

Randolph era de Richmond, Virginia, en donde nació en 1819. Se graduó en el William and Mary College, estudió leyes en la Universidad de Virginia, y ejerció en Nueva Orleans. Fue escribano de la Corte de Circuito de Estados Unidos, y en 1849 se fue a San Francisco. Lo mismo que Crittenden, fue miembro del primer cuerpo legislativo, y ambos trataron de que California adoptara el código civil en vez del derecho consuetudinario. En 1860 fue candidato a senador demócrata opuesto a LeCompton. En 1861 era fervoroso unionista hasta que su estado natal se separó. Desde entonces cambió de opinión, pero ya estaba de muerte y falleció en septiembre de ese año. **Bench and Bar in California**, Pág. 261, por O. T. Shuck (San Francisco, 1889); **History of California**, Vol. VI., Pág. 679, por Bancroft; **California**, Vol. II, Pág. 806; Vol. III, Pág. 785; Vol. IV, Págs. 287 - 8, por Hittell.

(+) Político, general y explorador (1813 - 1890).

más de una vez, (1) de modo que se sorprendió cuando French se le acercó ofreciéndosele a cooperar con él. Decía tener gran amistad con C. K. Garrison, gerente en San Francisco de la Compañía del Tránsito, y que ya lo había interesado en la expedición, puesto que ésta tendría forzosamente que afectar los negocios de la compañía en Nicaragua. Este es otro ejemplo de la megalomanía de French. Que si era verdad o no lo del interés de Garrison es algo que no se sabe, pero lo cierto es que este hombre no levantó un solo dedo en ayuda de la expedición, aunque sus posteriores relaciones con Walker —de lo cual se hablará oportunamente— pueden haber sido resultado de las gestiones hechas antes por French. Este encuentro de French y Walker no había de marcar el fin de sus relaciones. El individuo se aparecería en Nicaragua en más de una ocasión y habría de influir —para bien y para mal— en la fortuna del líder filibustero.

En la vorágine de los preparativos Walker se vio envuelto en una disputa con un sujeto llamado W. H. Carter, quien tuvo su domicilio en Sacramento, la cual disputa terminó en un duelo efectuado el 15 de marzo a pistola y a ocho pasos de distancia. Walker salió herido en un pie, y como tuviera que recluirse en su habitación por algún tiempo, la salida de la expedición se retrasó. (1). Cuando siete semanas después pudo al fin partir de San Francisco, la herida le molestaba todavía.

Encontrar un barco no le fue fácil, pero una intensa búsqueda vino a dar con un decrepito bergantín que llevaba veintinueve años de romper olas; era el **Vesta**. Lo contrató y embarcó en él a los hombres con sus provisiones de guerra y de boca. Estando todo listo para zarpar se apareció un

(1) En marzo de 1855 French fue herido accidentalmente en una pierna al querer separar a dos que peleaban en el bar de un vapor. Pocos días después del accidente el *State Journal* expresaba su complacencia porque French recuperaba **lentamente**.

(1) *Philadelphia Daily News*, 9 de abril de 1855. B. C. Truman, en su obra *Field of Honor* (Nueva York, 1884) atribuye a Walker dos duelos más, uno de Nueva Orleans con un editor de apellido Kennedy, y otro en San Francisco en enero de 1851 con Graham Hicks.

aguacil con un mandamiento de embargo sobre la nave por una deuda de su dueño. El aguacil dejó a bordo a unos cuantos guardias civiles para impedir que el **Vesta** escapara, y para mayor seguridad se llevó las velas. Y aquí cabe el dicho "bien vengas mal si vienes solo". Los comerciantes que vendieron a Walker las provisiones habían convenido en aceptar bonos nicaragüenses en pago de ellas, pero a última hora cambiaron de opinión y exigieron dinero en efectivo. Al no obtenerlo, ellos también embargaron el velero. En eso llegó el jefe de policía federal con el mandamiento y ordenó a un guardacostas arrimarse a la popa del **Vesta** para no dejarlo zarpar. Con el barco en poder de las autoridades federales y estatales y las velas embodegadas en la costa, las esperanzas de escapar eran mínimas. De modo que el hecho de haber logrado zafarse Walker de tanto lío es algo que debe acreditársele a su astucia y resolución. Sucedió que el embargador del barco era íntimo amigo de Henry Crabb, y ahí fue de gestiones y persuasión para llegar a un arreglo en cuanto a condiciones de pago y rescate del barco; vióse entonces que los comerciantes proveedores de las vituallas lo habían embargado a instancias del dueño del bergantín que al verse metido en dificultades hizo por donde ensartar también a los otros en el enredo. A este hombre se le intimidó haciéndosele creer que si esos desafortunados no se embarcaban, su vida correría peligro. Y se levantó el embargo. Pero más problemas surgirían todavía. El aguacil exigió el pago de sus honorarios que sumaban trescientos dólares; de otro modo, dijo, no entregaría las velas. Pero como no se le dijo que el mandamiento había sido desechado, él seguía creyendo que el guardacostas custodiaba aún al **Vesta**. Al fin consintió en devolver las velas. No obstante, dejó un guardián a bordo con el encargo de vigilar todo movimiento sospechoso. Al hacérsele saber al comandante del guardacostas que el bergantín estaba en completa libertad, un amigable oficial de aquel barco cedió sus marineros a Walker para que lo aparejasen. Entre tanto habíanse llevado a un camarote al guardián dejado por el aguacil; allí le dieron tragos y cigarros mientras se alzaban las velas

en silencio. (1). Este trabajo quedó terminado poco después de media noche. En seguida un vaporcito remolcador sacó al **Vesta** de la bahía, y cuando hubieron pasado frente a Heads el remolcador soltó amarras, no sin haber antes tomado al guardián para llevarlo de vuelta al puerto. Tendió el **Vesta** sus velas entrando en mar abierta. Llevaba cincuenta y ocho hombres (llamados después "los inmortales") a pelear a Nicaragua. (2). Era la madrugada del 4 de mayo de 1855.

Tal vez la recapitulación de los detalles referentes a la salida de Walker haya resultado tediosa, pero lo hicimos con un propósito: las dificultades financieras con que tropezaron los filibusteros son la más contundente refutación al aserto posterior y comúnmente repetido de que funcionarios de la Compañía del Tránsito patrocinaron la expedición por lo bajo. Es inconcebible pensar siquiera que esta corporación hubiera acometido tal empresa en tan minúscula escala. (3).

Mientras en San Francisco ocurrían los acontecimientos acabados de narrar, en los estados americanos del Atlántico se organizaba otra expedición contra Nicaragua, cuya partida estaba fijada para el 7 de mayo, es decir tres días después de la del **Vesta**. Era esa la encabezada por el Coronel Henry L. Kinney, de la cual se hablará en el capítulo siguiente. Creencia general de aquellos días era que Walker

- (1) Fue del dominio público que al zarpar el **Vesta** en momentos que entraba el guardián en el camarote se le notificó que lo retendrían allí hasta que el barco saliera esa noche. "Ahí tiene usted, señor", cuéntase que le dijo Walker arrastrando las palabras según era su modo de hablar, "cigarros y champán; y aquí le tenemos listas también estas esposas. Escoja lo que le gusta más". El guardián, que había sido miembro de la asamblea legislativa de California y era buen filósofo, no tuvo que ser esposado. **Harper's Weekly**, Vo. I, Pág. 332; **Herald**, de Nueva York, 2 de junio de 1855.
- (2) El número exacto fue de cincuenta y ocho, aunque los diarios dijeron que eran cincuenta y seis. Por alguna razón, que es inútil tratar de explicar, el público aceptó el número dado por los periódicos, y hasta los mismos filibusteros de ese viaje se vanagloriaban llamándose "los cincuenta y seis inmortales".
- (3) El **Herald** de Nueva York dice en su edición del 29 de noviembre de 1856 que la idea de invitar a Walker a Nicaragua no fue cosa de una de las facciones beligerantes, sino "una brillante idea de los gerentes y agentes principales de la Compañía del Tránsito".

y Kinney habíanse entendido para salir simultáneamente de Estados Unidos y juntarse en determinado lugar de Nicaragua. (3). Semejante creencia, como se verá más adelante, era errónea; pero la expedición de Kinney viene sólo a corroborar lo que se dijo atrás: Nicaragua, hubiera o no existido William Walker, habría sido de todos modos invadida por alguien de Estados Unidos.

(3) **Herald**, Nueva York, 6 de junio de 1855.